

Mística del tabernario: un poemario de poemarios

Por Xavier Oquendo

Publicado originalmente en: [Otro páramo - marzo 2017](#)

El primer acercamiento que tuve a la obra de Raúl Vallejo fue ya hace muchos, cuando era estudiante de comunicación en la FACSO y cayó en mis manos la antología de cuentos *Manía de contar*, publicada por Libresa. Me llamó terriblemente la atención esa caprichosa forma del uso de la ortografía, ese ritmo intenso y esos personajes que se iban afinando hasta llegar a su famoso y tan leído *Fiesta de solitarios*, donde, pienso, comienza a ejecutarse la gran sinfonía intertextual de Raúl Vallejo. He leído también sus tres novelas: *Acoso textual*, *El alma en los labios* y una de sus últimas, la magistral *Marylin en el Caribe*. Tuve la suerte de asistir a la presentación de esta última en Bogotá, en la Feria del Libro, en donde pudimos notar el gran papel que tuvo Vallejo en la vida cultural bogotana y el enorme afecto que le tienen en esa ciudad tanto a él como a su obra.

Ha sido en Bogotá donde he podido saludarlo muchas más veces de las que he podido hacerlo en Quito. Gran anfitrión y extraordinario Embajador del Ecuador, siempre estuvo presente en los actos culturales a donde llegaron representantes de su amado país.

He leído sus tres libros de poesía anteriores a este. En ellos se confirma lo indudable. Raúl es un gran escritor, un multifacético, una mente renacentista en las formas.

Este, su último trabajo, *Mística del tabernario* (Premio José Lezama Lima 2017), pienso que es un poemario de poemarios. O mejor dicho, es un libro conformado por 10 cuadernos y un epílogo. Y también es, a mi modesto parecer, su mejor libro, su más sincero e impecable trabajo lírico.

La primera parte del libro es una suerte de conversación entre varios personajes/prototipos de poetas: está un poeta indignado, un *homo libidinosus*, un poeta manteño-huancavilca (en él asoma el poeta cortado en su biografía), un cronista postcolonial, un poeta purísimo, antipoetuchó, un criticón literario y hasta un tuitero poeta. Me imagino que el poeta, el autor, se ha repartido en todos esos personajes. O mejor aún, ha partido a sus amigos, a sus conocidos en la escena, consiguiendo una tertulia de taberna.

Juan Gelman decía que el gran tema de la poesía es la poesía misma. Pareciera que en el libro *Mística del tabernario* se ratifica esta aseveración. A propósito de Gelman, noto que las preocupaciones estéticas y poéticas de Vallejo se reducen cuando habla de la función de la escritura frente a la realidad. Dice: “¿Para qué la poesía si 1.500 millones de personas vivirían con menos de un dólar al día si estuviéramos en 2015?/.../ sin embargo, escribo con vergüenza, escribo...”; esto me recuerda a la impotencia del poeta frente a la realidad. Otra vez recuerdo a Gelman con su poema “se sienta a la mesa y escribe/ con este poema no harás la revolución”...

Desde su novela *Acoso textual*, ha elastizado un tema vinculante siempre sobre las redes sociales y la literatura, como una especie de nueva realidad. De hecho, escribe un poema que se llama “Facebook” y otro “Tuits”. En el poemario vuelve a aparecer el tema protagónico en uno de los cuadernos de poesía que integran el libro: “De la escena en las redes sociales”, en donde se deja notar un aire ciudadano. Los poemas son descriptivos, como postales urbanas.

El tercer cuaderno “Procreación de identidades” juega con la idea de los miles de personajes que los seres humanos podemos ser. Y más los creadores que siempre estamos dejando ciertos detalles abiertos en personajes creados por nosotros. Como si fuera un juego de las máscaras en una fiesta modernista. A propósito de esto, ahora recuerdo un bello ensayo de la

crítica cuencana María Augusta Veintimilla sobre las máscaras en los poemas de los poetas modernistas nuestros. La propuesta de Vallejo con la poesía es responder y preguntar. Desnudar y vestir. Decir y silenciar.

En el libro constan además un par de poemas largos, que se podrían leer como un tríptico de afectos, en donde la voz poética, contenida en su propia expresión, realiza un monólogo al padre, a la madre y al hermano. En ellos se reflexiona el origen, la muerte, el asombro de la belleza, el amor filio, el destierro, el dolor, la vida. Se suele decir que los poemas a la madre son textos mucho más fáciles de elaborar que los del padre, porque siempre hay un conflicto sentimental entre el amor paterno-materno.

En el cuaderno “Poesía urgente para un mundo sin poesía”, hay una reflexión entre irónica e hilarante sobre los problemas sociales que le han motivado a escribir. Y esto me hace pensar que el poeta se mueve en muchas aguas de la temática netamente poética. No le tiene miedo a pasar por distintas formas y tratamientos e, inclusive, se siente cómodo en alguno de ellos.

El siguiente cuaderno: “Salvador Allende andando libre por las Alamedas” tiene el poder lírico de la transtextualidad. Hay voces distintas en el transcurrir del texto, siempre enseñándonos una voz poética muy lucida y casi nada intuitiva. Su poesía nace, a mi juicio, más de la reflexión y el conocimiento que de la intuición. Las dos formas me parecen muy respetables.

En el último cuaderno: “Cuitas de amor por Colombia”, declara lo que ya se veía llegar a lo largo de todo el libro: la gran influencia que tuvo su estancia en Colombia. Y eso se nota muchísimo. Siempre hay versos que le guiñan el ojo a la idiosincrasia colombiana. En este cuaderno hay un poema estupendo llamado “Elogio de la belleza de la mujer colombiana” en donde, aupado en el humor más socarrón e inteligente, resume esa admiración. Y claro, su gran pasión por la obra inmensa de *Cien años de Soledad* y su emblemático autor, más la relación afectiva que muchos tenemos con Colombia por los dulces y, otros más serios, por la historia que nos ha unido y desunido.

El libro cierra con un colofón que dice: “La poesía/ bosque de sueños/ invadido por los espectros de la realidad”. Allí podría quedar un concepto cerrado de lo que Raúl Vallejo quiso crear con este libro maravilloso.